

La defensa europea: ¿mito o realidad?

RAFAEL LUIS BARDAJI,
Director del Grupo de Estudios Estratégicos

EUROPA y su defensa están de moda. Desde hace dos o tres años las expresiones en favor de un sistema de seguridad europeo no han dejado de multiplicarse: en junio de 1984, el ex canciller alemán Helmut Schmit pronunció ante el Bundestag un solemne discurso subrayando la necesidad de que los europeos organizaran su propia defensa; en junio de 1985, el Partido socialista francés elaboraría un documento sobre el futuro de la seguridad de Europa en el que se hacía hincapié en la necesidad de una defensa de Europa por los europeos; en noviembre de ese mismo año, los partidos socialistas de los países miembros de la Alianza Atlántica adoptarían una resolución en su cumbre de Bonn señalando la necesidad de reformar la OTAN otorgando mayores responsabilidades al Viejo Continente en materia de seguridad internacional; la Unión Europea Occidental será resucitada en un intento de que, bajo su nuevo secretario general, el belga Alfred Cahen, llegue a convertirse en el foro de reflexión estratégica de los aliados europeos; incluso este fervor de una "Europa de la defensa" se entremezcla con la dinámica de reforma y de Unión Política generada en la Comunidad Europea logrando que los 12 admitan en el Acta Única la posibilidad de tratar los temas políticos de la seguridad.

Esta fiebre europeizadora de la seguridad —compartida en el "decálogo" que nuestro primer ministro expuso ante las Cortes en noviembre de 1984 y refrendada hace pocas semanas en el discurso de Felipe González en la Universidad Internacional de Florencia— suele ser el producto de dos tendencias distintas aunque coyunturalmente convergentes: por un lado, quienes afirman que el esquema de seguridad actual, originado tras la II Guerra Mundial y básicamente bipolar, no tiene en consideración ni la presencia real de Europa en el mundo ni

sus intereses, esto es, que la defensa que existe es, esencialmente, una defensa sin Europa; por otro lado, quienes creen que la estrategia y las doctrinas aliadas no son las más adecuadas ni ante las relaciones políticas Este-Oeste ni frente a las capacidades militares del bloque del Este y que de no llevarse a cabo una reforma significativa de la concepción de la defensa, Europa quedará a merced de la amenaza soviética.

¿UNA DEFENSA SIN EUROPA?

Las críticas que se escuchan estas semanas sobre la OTAN como una organización donde los miembros son todos iguales formalmente pero donde de hecho hay unos que son más iguales que otros y donde especialmente uno —los EEUU— están muy por encima del resto, tienen su origen más inmediato en el próximo acuerdo soviético-americano para retirar los misiles nucleares de alcance medio desplegados en Europa hoy en día (INF).

En efecto, tras un proceso traumático occidental de respuesta a la amenaza de los SS-20 soviéticos y a la pérdida de credibilidad de la garantía americana sobre Europa que culminó a duras penas con el despliegue de los euromisiles, los europeos han vuelto a comprobar cómo por decisión unilateral del presidente americano, presionado por circunstancias políticas domésticas, puede olvidarse la problemática política de sus países, ignorarse burdamente las reticencias expresadas desde este lado del Atlántico y desoírse por completo las críticas que se han hecho llegar a la Casa Blanca referentes a la retirada de los Pershing II y los misiles de crucero.

No obstante, el problema es más de fondo. La OTAN nace a petición de los europeos en 1949, cuando los países del Viejo Continente se encuentran agotados por el sangriento conflicto bélico apenas acabado, abru-

mados por los requerimientos de la reconstrucción económica y social e incapaces de asegurar su propia supervivencia política frente a la amenaza que emergía del Ejército Rojo que, tras la sucesión de golpes de Estado en Centroeuropa —hoy Europa del Este— se aproximaba peligrosamente al corazón occidental. Los EEUU lo entendieron y desde ese momento se convertirán en los garantes de la seguridad aliada. Sus tropas en el Continente y su estrategia nuclear permitiría a los europeos un crecimiento económico espectacular que culminaría en el bienestar y consumismo de los 60. Y nadie criticaba a los americanos por su papel preeminente y de liderazgo.

Sólo cuando el período de enfrentamiento contenido entre los dos bloques comienza a desdibujarse, la guerra fría pasa a la historia y las relaciones entre los grandes se caracterizan por la distensión, empiezan a apuntarse críticas y temores ante un dominio de las superpotencias sobre Europa, ante una especie de colusión de los imperios. Será el momento, además, en el que los EE.UU. impondrán la "respuesta flexible" como estrategia OTAN tras 5 años de intensos debates con los europeos. Francia se retirará de la estructura militar integrada en aras a preservar su soberanía nacional y la defensa propia de sus intereses particulares mientras que el resto de los aliados deberán hacer compatible su creciente papel en la escena internacional —sobre todo en el mundo económico donde la Comunidad y Japón se apuntan como directos competidores de los EEUU— con su relativa subordinación estratégica a la concepción americana de la seguridad. El Eurogrupo y los deseos de constituir un pilar europeo en el seno de la OTAN serán buen reflejo de ello.

El culmen del descontento aliado se dará en 1973, cuando el presidente americano en respuesta a la guerra árabe-israelí decreta la alerta

general para sus tropas, incluidas las estacionadas en suelo europeo, sin notificación a los miembros de la OTAN.

Para enturbiar más el clima tenso entre las dos orillas del Atlántico saltará a finales de los 70 el tema de la contribución real de los europeos a la defensa colectiva. Frente a las pretensiones de una mayor capacidad de decisión para la OTAN Europa, los EEUU, progresivamente constreñidos por su creciente déficit irán exigiendo cada vez más que los europeos contribuyan a soportar el esfuerzo financiero-militar americano, compartiendo más equitativamente los gastos de la defensa. La decisión aliada de incrementar un 3% anual el presupuesto de defensa fue un intento europeo de aplacar el malhumor norteamericano.

En 1983, el sueño reganiano de la "guerra de las galaxias" se lanzará al mundo como un mensaje esperanzador pero al que ni la Casa Blanca ni el Pentágono podrán conferirle un claro valor positivo para la seguridad de Europa toda vez que el controvertido "escudo espacial" se enraiza con las más profundas tendencias aislacionistas americanas y el sueño de una "América fortaleza" libre de la realidad misera del globo. Para colmo, la visión desnuclearizadora de Ronald Reagan llegaba a Europa justo en el momento del despliegue de los euromisiles, en medio de una segunda guerra fría en la que norteamericanos intransigentes denunciaban el apego europeo al clima de distensión y entendimiento con la URSS. Británicos y, especialmente, franceses no podrán sino reaccionar celosos de sus arsenales nucleares, independientes y en vías de modernización ante cualquier plan de desnuclearización futura.

¿EUROPA SIN DEFENSA?

Junto a los malentendidos transatlánticos, las crecientes y evidentes capacidades militares de la URSS, han llevado a ciertos autores a dudar de la credibilidad de las garantías americanas sobre el continente europeo y de la estrategia que las simboliza, la "respuesta flexible".

En realidad, la "respuesta flexible" siempre ha sido admitida en Europa de mala gana ya que necesitando de una panoplia de armas que garantizase una respuesta aliada en cualquier nivel de violencia elegido por el enemigo y la posibilidad deliberada de escalar, requería un incremento en el gasto destinado a las fuerzas

convencionales —el primer elemento de choque— y una confianza extrema en que el presidente norteamericano autorizaría la escalada nuclear desde un arma táctica hasta los extremos, los arsenales estratégicos en el suelo de los EEUU, llegado el caso.

Con los primeros 70, la paridad estratégica, es decir, la equivalencia numérica en armas nucleares entre la Unión Soviética y los Estados Unidos era ya un hecho irreversible y la destrucción mutua asegurada en caso de agresión un callejón al que los acuerdos SALT, prohibiendo las defensas antimisiles, dejaban sin salida.

Sabiendo, por tanto, que los EEUU habían renunciado no ya a mantener el monopolio nuclear, largo tiempo perdido ha, sino simplemente a una confortable situación de superioridad numérica y conociendo que, a falta de sistemas defensivos y de protección civil, la población americana era rehén de los designios soviéticos, los europeos hicieron suya la pregunta que ya se había formulado el general de Gaulle unos años antes: ¿arriesgaría el presidente americano New York o Chicago por defender París o Stuttgart?

Con el Secretario de Defensa Schlessinger primero, y finalmente con la Directiva PD-59 de Jimmy Carter, los EEUU instrumentaban una política de blancos selectivos confiando en que dicha flexibilización de sus opciones militares en caso de guerra volviera más creíble su compromiso hacia Europa. Paradójicamente, la posibilidad de que la estrategia de los EEUU consiguiera ser tan flexible que una guerra nuclear limitada fuese creíble se convirtió en el temor de los aliados, particularmente durante los primeros años del mandato de Ronald Reagan quien mostraba una sensibilidad y actitud bien distinta a la de su predecesor.

Los euromisiles vinieron en socorro de los europeos ya que resolvían las dudas sobre la ligazón de los EEUU con Europa garantizando la escalada, a la vez que, precisamente por asegurar la escalada, negaban confinar una guerra nuclear al suelo de la asustada Europa. Podría decirse que los euromisiles volvían la "respuesta flexible" "inflexible" ya que unían una agresión por parte de la URSS con una respuesta nuclear americana. Se trataba, pues, de una victoria de los europeos sobre la ausencia de vinculación americana en caso de crisis. Lamentablemente, como sabemos, se ganó la tranquilidad psicológica y estratégica a un elevado coste político y social. Con la retirada de los euro-

misiles no hay duda de que ha sido una victoria efímera y, mucho peor, pírrica.

A su vez, los norteamericanos han continuado con sus demandas tradicionales de incrementar las capacidades convencionales de la OTAN en un intento de elevar el umbral nuclear de producirse un conflicto. La confianza exagerada estadounidense en los adelantos en ciertas tecnologías de armamento, ha afianzado el impulso hacia la convencionalización de la defensa de Europa de la mano de doctrinas como el AirLand Battle o el no menos controvertido subconcepto estratégico FOFA y otras ideas como el ataque en profundidad, etc.

Los europeos, que no pueden admitir una excesiva nuclearización de su territorio por razones políticas, tampoco pueden admitir una absoluta convencionalización de su defensa: Europa no sólo no quiere una guerra nuclear sino que tampoco puede soportar una guerra convencional con los actuales medios de destrucción.

LA EUROPA POLITICA Y DE LA DEFENSA

Las guerrillas políticas y la inseguridad militar han jalonado la historia de la OTAN porque, por su naturaleza, una alianza de 16 países con historias e intereses distintos tiene que ser un foro plerótico de discusiones. No son nuevos los intentos de reforma estructural de la OTAN. Lo que si es nuevo es la generalizada conciencia de que el nuevo modelo de seguridad deba pasar al margen de la Alianza y constituirse genuinamente europeo.

Posiblemente no se trate de que hoy se den mayores divergencias entre americanos y europeos que antes, sino de una pujante conciencia de que ninguna cooperación política en la Comunidad puede profundizarse si no se llega a una concertación en materia de defensa entre los 12. La defensa europea no sólo sería el producto de una necesidad del continente ante el mundo ni un requerimiento militar frente a la URSS sino, sobre todo, una pieza clave en el proceso de construcción de una Europa unida. Así parecen reflejarlo los discursos de muchos políticos para quienes la defensa europea, es hoy un postulado indiscutible.

El problema es que no siempre la necesidad genera una solución adecuada y, hoy por hoy, la defensa de Europa por los europeos es únicamente un conjunto de buenos deseos. Queda por ver cómo se pasa de los sueños a la realidad. ■